



Diez años después de *Amoris laetitia*: *anunciar el Evangelio con las familias de hoy*

Encuentro del Santo Padre León XIV
con los Jefes de las Iglesias Orientales Católicas
y los Presidentes de las Conferencias Episcopales
7-14 de octubre de 2026

[Traducción de trabajo. Original: inglés.]

En las dificultades de la vida: acompañar y apoyar

Caminar con las familias en situaciones complejas

Lunes, 12 de octubre de 2026

S.Em.R. Card. Pablo Virgilio Siongco David

En nuestra Iglesia local, en la Diócesis de Kalookan, hemos aprendido que lo que a primera vista nos parece una familia irresponsable o disfuncional puede adoptar un aspecto muy diferente cuando entramos en su casa y escuchamos su historia.

Uno de nuestros capellanes de misión se fijó una vez en unos niños que se quedaban en la calle todo el día, a veces incluso hasta las once de la noche. Su primera reacción fue de irritación. *¿Dónde están los padres? ¿Por qué ni siquiera llaman a sus hijos para que vuelvan a casa a comer?*

Pero a medida que fue conociendo a las familias, empezó a comprenderlo. Uno de los padres era conductor de jeepney y trabajaba desde la mañana hasta la noche, porque lo que ganaba cada día apenas le alcanzaba para ese mismo día. Si no conducía, la familia no comía. El cansancio, el desánimo y, a veces, la adicción entraban en juego.

El sacerdote se dio cuenta de que, antes de juzgar a los padres, debía comprender primero qué carga llevaban sobre sus hombros.

Esto se ha convertido para nosotros en una importante lección pastoral.

Nuestra diócesis abarca tres ciudades densamente pobladas del área metropolitana de Manila. Muchas familias pobres están formadas por migrantes procedentes de las provincias. Los padres salen de casa temprano para ir a trabajar. Los niños quedan al cuidado de los abuelos o de los hermanos mayores. Las casas pueden estar a solo unas pulgadas de distancia unas de otras y, sin embargo, los vecinos pueden seguir siendo unos desconocidos. La pobreza puede aislar a las personas incluso cuando las obliga a vivir en estrecho contacto.

Luego comenzó la violenta campaña contra las drogas ilegales.

Muchos de los asesinatos tuvieron lugar precisamente en las comunidades más pobres de nuestra diócesis. Hemos acompañado a familias que han perdido de repente a padres, hijos, maridos y hermanos. Nos hemos encontrado con viudas, huérfanos y abuelos que, de forma inesperada, se han visto obligados a asumir de nuevo el papel de padres. Algunas familias incluso tenían miedo de llorar públicamente la pérdida de sus seres queridos, porque el mero hecho de estar relacionadas con un presunto drogadicto podría haber hecho recaer sobre ellas mismas la sospecha.

Recuerdo el caso de una familia cuya situación se podría haber calificado fácilmente como «irregular». Los padres estaban separados. El padre se ocupaba de sus cuatro hijos, el mayor de doce años y el menor de tres. Luego lo asesinaron. De repente, los familiares tuvieron que asumir la responsabilidad de los niños.

¿En qué categoría deberíamos clasificar a una familia así?

Empezamos a darnos cuenta de que la fragilidad de muchas familias no está determinada únicamente por decisiones personales. La vida familiar también puede verse comprometida por la pobreza, la migración, la violencia, la adicción, el encarcelamiento, la injusticia y el trabajo precario. Estas realidades pueden limitar gravemente la libertad de las personas y su capacidad incluso para acercarse al ideal cristiano de la vida familiar.

Por eso *Amoris laetitia* ha sido tan importante para nosotros. No nos pide que abandonemos el ideal. Nos pide que acompañemos a personas reales en el camino, a menudo doloroso, que separa el ideal de su situación concreta. Nos ha proporcionado un lenguaje para expresar lo que ya estábamos aprendiendo a nivel pastoral: discernir situaciones concretas en lugar de partir de clasificaciones, acompañar un crecimiento gradual y confiar en que la gracia ya puede estar actuando incluso en vidas y relaciones marcadas por la debilidad y la imperfección.

Nuestra primera reacción durante los años de la guerra contra las drogas no fue, en realidad, un programa.

Fue la presencia.

Nuestros misioneros fueron a visitar a las familias en duelo. Las escucharon sin juzgarlas. Rezaron con ellas. Las tranquilizaron diciéndoles que no habían sido olvidadas.

Entonces ocurrió algo maravilloso. Una viuda conoció a otra viuda. Padres que habían enterrado a sus hijos conocieron a otros padres que comprendían su dolor. El sufrimiento compartido creó vínculos. Los vínculos dieron lugar a un apoyo mutuo. Y el apoyo mutuo se transformó gradualmente en una comunidad.

Esta experiencia ha contribuido a dar forma a nuestras Estaciones Misioneras. Se trata de pequeñas comunidades eclesiales que hemos fundado precisamente en los barrios a los que nuestras estructuras parroquiales habituales apenas lograban llegar. Sacerdotes, religiosos y misioneros laicos comenzaron recorriendo las calles y escuchando. Al final, los propios pobres —viudas, jóvenes, exdrogadictos y familias comunes— se han convertido en guías pastorales y compañeros de camino para los demás.

Cuando empezamos a fundar estas Estaciones Misioneras en las comunidades urbanas pobres, di a nuestros misioneros una sencilla indicación: escuchar. Dialogar. Estar presentes.

Antes de organizar los programas, recorrieron las callejuelas. Visitaron las casas. Aprendieron los nombres de las personas y escucharon sus historias. La presencia se convirtió en el punto de partida de la misión.

Descubrimos que muchos católicos pobres no sentían realmente que pertenecieran a la Iglesia. Podían tener un Santo Niño, una imagen de la Virgen o un rosario en sus casas. Se identificaban como católicos. Pero algunos pensaban que la parroquia era para personas adineradas, bien vestidas, cultas

o con cierta posición social. Estaban físicamente cerca de la Iglesia, pero espiritual y socialmente lejos de ella.

Así que, en lugar de preguntarnos: «¿Por qué no vienen a la Iglesia?», empezamos a preguntarnos: «¿Irá la Iglesia a ellos?».

Esa pregunta nos cambió.

Hoy diría que han sido las Estaciones Misioneras las que han cambiado nuestra diócesis más de lo que nuestra diócesis ha cambiado a las Estaciones Misioneras. Nos han enseñado a escuchar antes de hablar y a reconocer a Cristo ya presente entre los pobres. Nos han enseñado que la evangelización no consiste simplemente en llevar a Dios a las personas, como si Dios estuviera ausente de sus vidas. A menudo descubrimos que Dios ya ha llegado allí antes que nosotros.

Y quizá esta sea una de las cosas más importantes que hemos aprendido sobre el acompañamiento a las familias en situaciones complejas:

Una familia frágil necesita algo más que un simple consejo pastoral. Necesita una comunidad que pueda ayudarla a llevar lo que ya no es capaz de llevar por sí sola.

Para nosotros, por tanto, ha surgido una pregunta importante: ¿están descubriendo las familias que ya no tienen que afrontar solas las dificultades de la vida? Quien se siente solo ¿está encontrando compañía? Quien tiene miedo ¿está encontrando valor gracias al apoyo de una comunidad a su lado?

El acompañamiento, por tanto, no es simplemente lo que un sacerdote o un agente pastoral hace por una familia. Es lo que la comunidad cristiana aprende poco a poco a ser en torno a esa familia.

Quizá la Sagrada Familia del Evangelio de Mateo nos ayude a comprenderlo. La violencia política obliga a José a coger al niño y a su madre y huir a Egipto (*Mt 2, 13-15*). Su familia sobrevive intacta gracias al exilio; otras familias no tienen tanta suerte. Los soldados de Herodes masacran a los niños de Belén, y Mateo oye a Raquel llorar por sus hijos, «porque ya no están» (*Mt 2, 16-18*). El Evangelio de la familia no es, por tanto, un ideal abstracto, ajeno a la fragilidad humana. Es el Emmanuel — Dios con nosotros— quien entra precisamente en ella.

Y ocurre algo aún más hermoso. Quienes han sido acompañados comienzan a acompañar a los demás. Las viudas acompañan a las viudas. Quienes están saliendo de la adicción apoyan a quienes están saliendo de la adicción. Las familias que en su día recibieron ayuda comienzan a ayudar a los demás. Personas que antes pensaban que no tenían un lugar en la sociedad descubren en sí mismas dotes de liderazgo y de servicio.

Dejan de ser meros destinatarios de la atención pastoral. Se convierten en protagonistas de la misión.

Quizá esta sea una forma de comprender la invitación de *Amoris laetitia*: no limitarse a preguntarse hasta qué punto las familias se acercan al ideal, sino también hasta qué punto la Iglesia está dispuesta a acercarse a las familias en sus dificultades reales.

La Iglesia no puede esperar siempre a que sean las personas las que acudan a ella.

A veces debe ir allí donde viven las personas, donde luchan, donde sufren, donde esperan... y descubrir que Cristo ya está allí, esperándonos.